

NOTAS

A una sentida manifestación de duelo, dió lugar la inhumación de los restos del ingeniero Ricardo J. Huergo, que se efectuó en el cementerio del Norte el día 2 de Mayo.

Dirigieron la palabra á la numerosa concurrencia, representantes de las diversas instituciones á que pertenecía el extinto, los que hicieron resaltar las grandes cualidades que lo adornaban.

Publicamos á continuación el discurso del señor Pedro F. Marotta, quien hizo uso de la palabra en nombre del Centro de Estudiantes del Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria.

SEÑOR MINISTRO DE AGRICULTURA:

SEÑORES:

«Que el día sea penoso ó que él sea largo, las campanas concluyen siempre por tocar la oración.»

Silenciosa debiera estar la tribuna, porque el dolor es mudo, si posible fuera que, sin estrépito rodara por el suelo, una de las columnas de la agronomía argentina. Y es en nombre del Centro de Estudiantes de Agronomía y Veterinaria (Universidad Nacional de Buenos Aires), que vengo á dar la dolorosa despedida al que en vida se llamara Ricardo J. Huergo.

Feliz él, que al partir nos deja una enseñanza; feliz él, que no ha menester para decir lo que fué, forzar la frase en el elogio fácil, tan común de estos actos, como si nuestra flaca humanidad necesitara resarcir á los que se van, en un arranque de generosidad póstuma, de todos los egoísmos y las miserias con que amargó sus días; feliz él, de quien parafraseando á Juan Jacobo, el ilustre preceptor del «Emilio», no puede decirse «que era cadáver ya desde su nacimiento», porque su vida fué vida intensa, ruda, batalladora, febril... brega sin treguas, que en el trabajo vió una bendición, como si el «Laboremus» aquel, que pronunciara Septimio Severo, el César romano, en su lecho de muerte, hubiera sido su divisa...

¡Ave, maestro!... Aun me parece verte, habiendo, hablando siempre, con aquella tu verbosidad proverbial; aun me parece verte así, tan decidor como eras, brusco á veces, y bueno, muy bueno en lo íntimo; aun me parece verte la vez primera que apareciste en la cátedra, exhortándonos al estudio para dar lustre al diploma...

—no pudo imaginar el discípulo que en ese día te escuchaba que dos años más tarde, habría de hacer tu elogio fúnebre... Eras, según decías, un compañero más, que nos había precedido en la senda sin término, y venías para que juntos interroguéramos á la naturaleza, obligándola á revelarnos sus misterios... y sin rigideces académicas y sin estúpidas tiesuras, consciente de tu ciencia, quisiste nos allegáramos á ti, siempre que una pregunta acudiera á los labios; y yendo más allá, todavía, hubiste de brindarte para que al término de nuestra carrera, fuéramos á pedir inspiraciones á tu experiencia, sin soñar ni un instante joh, inestabilidad de las cosas humanas! que serías cadáver para entonces...

Lejos de él el *magister* y el maestro ciruela. Es que era profesor por derecho propio: por el derecho que le confería su preparación y su método y su facilidad de expresión... y luego, por eso de llevar á la cátedra la novedad registrada en la revista, traída por el último vapor correo, rompiendo así con la tradición de esos maestros de viejo cuño, que están hoy donde estaban ayer, ajenos por completo al dinamismo científico, que tan pronto justifica una hipótesis como destruye una teoría, que se creía verdadera en todas sus partes...

Y era un fuerte, señores, que por morir en su ley, ha caído de cara al enemigo; era un fuerte, señores: y si María Antonieta, como alguien dijo, por su hermosura y por su porte erguido, había nacido para vivir sentada sobre un trono: él, por su erudición indiscutible, por su actividad, por su profundo conocimiento del medio, adquirido en largas giras á través del país: por su energía, por su austeridad, por sus grandes dotes de organizador: estaba destinado á figurar á la cabeza de la enseñanza agrícola argentina...

¡Ah, su sino!... Debía consagrarse en extranjera tierra, é ir á morir también, lejos de sus dioses penates... Palmas, que os habéis convertido en crespones; abismo, que eras cumbre; nebulosa, que esplendías en una realidad preñada de promesas, como el árbol que ofrece junto al fruto, la yema que repunta... —y en el bronce que dobla, allí, arriba, en vez de las triunfales dianas, que saludaron su retorno á la patria; y en el verbo que hoy grita su protesta, y ayer el pan y el vino le ofrendaba... joh, no pudiste vida, darnos más brevemente, más trágicamente, la pauta de tus cosas tan deleznales y tan efímeras!... Tal es el mundo, dice Goethe en su Fausto. Sube, descende, y como una bola va rodando sin descanso: es bello, sonoro y hueco como el cristal puro, y también como él á lo mejor se rompe, sin notarse á su choque más que un rastro de luz, que pronto se desvanece...

¡Adios, maestro!... Nos abandonas, cuando más necesario era tu nervio. Un momento, y emprenderá la caravana nuevamente, la marcha.

Y así, siempre... La caravana de los que hemos desflorado nuestros ensueños juveniles en aras de la veterinaria ó de la agronomía... Y así, siempre, repito, señores. Rumbo á la tierra prometida, por el desierto vamos, como el pueblo de Dios... por el desierto de la indiferencia en el bien; de la contumacia en el mal, con que se ensaña el egoísmo, la vanidad y la ignorancia unificados en una trinidad maldita... también

nosotros vamos por el desierto, como el pueblo de Dios, y como él conducimos el arca consagrada con los escritos de los grandes padres: sombras venerandas de Gasparin, Hellriegel y Wilfar, Nocard, Lawes y Gilbert, Claudio Bernard, Boussingault...; me inclino reverente ante vuestra memoria... también nosotros vamos por el desierto...: hacemos alto á veces para ente-

rrar nuestros muertos, y salmodiamos el *Requiescant, porque la paz sea con ellos...* —y mientras las mujeres los lloran, guardamos los hombres el recuerdo de sus vidas, y esa es la estrella que nos guía, rumbo á la tierra prometida... ¡Ave, maestro!

He dicho.

